



Fragmentos, de Jorge Hernández presentación

RENÉ AVILÉS FABILA*

Jorge Hernández era un nombre, para mí, ligado con la investigación, acaso también un eficaz funcionario y promotor de cultura. Los trabajos que le había leído eran rigurosas investigaciones, bien escritas, inteligentes, pero dentro del campo de las ciencias sociales. Pero un día me topé con *Fragmentos*, un libro de poesía y mi percepción sobre Jorge sufrió una profunda modificación. De pronto leí una poesía delicada, amorosa, de temas íntimos, de imágenes que sugerían la escritura poética de un autor en extremo sensible.

En “Apuntes para una nueva voz”, una suerte de prólogo o presentación, Esteban Ascencio cuenta una historia, la historia de un descubrimiento poético, un hallazgo que se llama Jorge Hernández. La historia es conmovedora y no deja de tener elementos que ya poco vemos en nuestras letras tan abrumadas por el peso de un puñado de escritores que se han convertido en únicos e imprescindibles. Esteban escucha a Jorge leer su poesía. Lo hace con humildad, pienso que la lectura también tuvo esa característica. Algo que extraviarnos y que con tanta vehemencia recomendó José Revueltas ante la creciente arrogancia de los famosos, de las celebridades. Esteban sabe que la poesía es imprescindible, es una de sus grandes pasiones, confirma en una línea escueta, directa. Y narra: “Un día Mauricio Molina me dijo: ‘Para comprender a un poeta quizá sea necesario convivir con él y asistir a esos pequeños milagros que constituyen los rituales cotidianos’. Desde entonces he estado cerca de Jorge Hernández, mirando lo oscuro y diamantino de los días.”

Respecto al amor que tanto preocupa a Jorge Hernández, Esteban Ascencio dice que lleva a cuentas a Eros. Añade: “Sin la mujer estamos incompletos, parece decirnos a cada instan-

te. Poseedor (Jorge Hernández) de una voz poco experimentada, pero de una obra consistente, directa. Nada puede hacer, el destino traza de manera inexplicable la vida. Muchas veces el amor está detrás de esto... y ¿qué es el amor? ¿Qué se ama cuando se ama?

Razones no le faltan al prologuista para hablar del amor en Jorge Hernández.

Pronto lo verán y comprobarán los lectores de *Fragmentos*. La poesía o mejor dicho el lenguaje poético de Hernández se sustenta en versos muy ceñidos, cincelados cuidadosamente. Los mueve, ciertamente, el más grandioso de los sentimientos: el amor:

Bebo la hiel

Islas apócrifas

Bebo la dulce miel

Mi aliento acaricia su piel

Pálidos como el azul del cielo

O como en el siguiente caso:

Me inundo con un aullido en tu mirar

Y todo por beber el néctar de tu
vientre

Impostergable necesidad de tu carne

Te cedo

Hambre, demonio detenido

Eso soy cabalgando en tu cuerpo

De un polo a otro

Laberinto infinito de placer

Humedad compasiva

Cuerpo a cuerpo en tempestad

Acariciando la soledad

Dios y demonio

Hombre y mujer

Eso soy en tu lecho

Con estos versos, Jorge Hernández entrega claves de su poesía, es el poeta del amor, del sexo, de la pasión sublimada, de la ternura violenta, el hombre que cabalga a la mujer. Pero también es lo contrario, es la mujer que arrojada toma la iniciativa, que se asume una verdadera pareja y no un simple cuerpo

quieta y bien dispuesto al hombre que la posee. No. En esta poesía, Jorge es el hombre y es la mujer, es la pareja perfecta, la que se entrega al amor sin miramientos y vuelve al punto original, antes de que llegáramos al lecho saturados de prejuicios, de convencionalismos que las religiones y la sociedad nos impusieron. “Redúceme al vacío, a la nada/ Ahuyentamos la náusea con tu lengua/ Moralidad ausente”, escribe Jorge en un grito. Esta idea me subyuga, porque en efecto uno como varón tiene una parte femenina y es capaz de aparecer bajo el mando de la ternura o la pasión dulce en cualquier momento y entonces se es hombre y se es mujer sin menoscabo de la virilidad.

Quizá sea “Género sexual” el poema que más aclara en tal sentido, allí la búsqueda se hace hallazgo:

Soy hombre y mujer en tu lecho
 Le hablo al destino,
 la nobleza de tus manos interfieren
 en papel nuestros actos

Jorge Hernández camina entre la lujuria y la ternura, entre la furia de la pasión y la dulzura del sexo aplacado. “Hotel” es un poema que bien ejemplifica lo anterior porque “hay días que me ausento”. Y eso sentí yo, que la entrada a un hotel, la estancia entre las paredes de una habitación por lo regular sencilla, equivale a ausentarse, a perderse del mundo, poner distancia entre el amor y aquello que lo mancha, al revés de lo que piensan e imaginan aquellos que se quedan ante las puertas del hotel o pasan frente a un edificio de apariencia inhóspita sin pensar el goce divino que adentro sucede, lo que acerca a Dios y libra del pecado.

No me cabe la menor duda de que un nuevo poeta está entre nosotros, pronto se hablará de él y de su peculiar manera de ver el amor o la familia o la amistad. A veces la mujer es un libro, otras es una avechilla, otra más es una prostituta con el derecho a amar, con la respetabilidad que el amor pleno demanda aún en la mujer que se entrega por dinero. Las sábanas son páginas en blanco en espera de que el poeta escriba historias amorosas, eróticas o no, pero de amor intenso. El cuerpo femenino también es un jardín para reposar. En fin, pocas veces me he encontrado con un poeta del amor, casi

íntegramente del amor. Que declara su amor a aquélla que habita dentro de su ser. Sus dudas siempre son razonablemente amorosas cuando se pregunta con metáforas ¿Por qué te quiero?

Pero el amor tiene su antítesis y es la muerte. “Preludio a la muerte” es sin duda un poema doloroso y premonitorio porque todos y cada uno de nosotros va a morir, lo hará tarde o temprano y contemplar a nuestro alrededor con esa lógica atroz duele: estamos rodeados de personas destinadas a morir, a desaparecer. La muerte llega, las más de las veces por razones distantes del amor, pero también se mata por amor. “Te he matado, dice Hernández en un acabado poema, porque no sacia mi/ oído tu latir en pecho/ Tal cual he muerto para demostrar que soy suicida/ en tu ausencia cada noche moría una estrella”.

Aunque no todo en Fragmentos es el amor o lo es también el familiar, aquél que sentimos por los padres o los abuelos. Sin embargo, la muerte sigue presente, hizo presa de los abuelos y a ellos les dedica un hermoso poema, conmovedor, lleno de sugerencias y ritmos distintos a los del amor-pasión. Aquí entra un elemento nuevo, la nostalgia, el paraíso perdido, la niñez y el recuerdo de viejos cariñosos que acariciarán nuestros primeros años.

Hace poco, en una reunión con jóvenes universitarios, Rubén Bonifaz Nuño, sin duda el mejor poeta vivo de México escuchó que más de un joven insistía en los temas que lo han caracterizado: la muerte, el amor, la soledad, principalmente. En el caso de Jorge Hernández ocurre algo semejante: esos elementos aparecen en su poesía. La soledad. En el poema “Esencia”, el escritor comienza: “Estornudo y solo me respondo”. Poco más adelante, en “Falacia”, Hernández comienza un poema con dos versos magistrales que recuperan la sensación de vacío existencial: “Bañame con la savia de tu vida/ sonríele a mi soledad”.

He aquí, pues, a un poeta de cuerpo entero, alguien que ha llegado a la poesía para hacerla suya, parte de su vida. Jorge Hernández tal vez nació poeta, pero dejó que su voz madurara y hoy la escuchamos como si fuera un poeta de larga experiencia. 🐦